

hacer con rectitud cuanto hagamos, de suerte que la pureza predomine en todos los actos de nuestra vida: en el estudio y en el recreo, en el ejercicio y en el descanso, en la comida y en el vestido y, sobre todo y ante todo, en el pensamiento, para cerrar la puerta e impedir la entrada a los numerosos enemigos que están en continuo acecho de nuestros descuidos y flaquezas.

El único temor saludable y provechoso es el temor de Dios, entendiendo por tal un aspecto y modalidad del amor que como sumisos y cariñosos hijos debemos tenerle. El temor siniestro y nocivo proviene de la debilidad que el temeroso siente por haberse apartado de Dios al quebrantar las leyes divinas, y para disiparlo le bastará ponerse en armonía con ellas. Entonces encontrará la inefable paz, cuya valía excede a toda comprensión humana.

El sentimiento de temor está en matemática proporción del sentimiento de flaqueza o incapacidad. Cuando tengamos conciencia de nuestra superioridad respecto de lo que atemoriza a los débiles, se desvanecerá nuestro temor.

Cuenta la fábula que Hércules no era temeroso como el vulgo de los mortales, porque consciente de su fuerza no temía que los demás pudieran dañarle.

FRATERNIDAD ROSA - CRUZ
DE COLOMBIA
BIBLIOTECA - BOGOTÁ

CAPÍTULO IX

EQUILIBRIO MENTAL

El secreto de la salud, prosperidad y dicha consiste en el estricto cumplimiento del deber.

Decía el difunto profesor Shaler, de la Universidad de Harvard, que el mayor descubrimiento del pasado siglo había sido el de la unidad de la vida universal.

En efecto, las observaciones astronómicas, poderosamente auxiliadas por la fotografía y la espectroscopia, han demostrado con exactitud matemática que todos los planetas, satélites y cometas de nuestro sistema solar están constituidos por la misma materia física y que en todos sus astros existen los mismos elementos químicos que componen la masa terrestre, aunque, según las condiciones del astro, difiera su estado físico. De esta unidad material del universo se infiere lógicamente la unidad espiritual, y por lo tanto, la necesidad de que el pensamiento, actuación del alma humana, esté sujeto a leyes de tan sabia ordenación como las que regulan la marcha inacabable de los cuerpos celestes por

los matemáticos carriles de sus órbitas. Pero así como cualquier perturbación o choque alteraría profundamente el movimiento de un planeta, desequilibrando la ponderación de fuerzas que lo retiene en su peculiar esfera celeste, así también todo choque con elementos mentales de índole nociva, como prejuicios, preocupaciones, supercherías y apetitos concupiscentes, perturbará el equilibrio mental de nuestra alma y nos impedirá mantener la ecuanimidad necesaria para cumplir con nuestro deber, a pesar de cuantos obstáculos se opongan a su cumplimiento.

La ecuanimidad no ha de confundirse en modo alguno con la indiferencia. El hombre ecuánime soporta el infortunio sin lamentarse de su mala suerte y recibe la dicha sin entregarse a locas demostraciones de alegría. El hombre indiferente se resigna, pero no se conforma con la desgracia, y aunque no lo demuestra se regocija interiormente en la prosperidad.

La voluntad, en perfecta coincidencia con el entendimiento, engendra la sabiduría, y de la sabiduría dimana la acción rigurosamente ajustada al cumplimiento de nuestros deberes, del que a su vez nace el maravilloso sentimiento de seguridad, satisfacción, paz, contento y confianza que ninguna otra idea nos podría proporcionar.

Cuando nuestro pensamiento no se aparta de las sendas de justicia, se nos dan todas las demás cosas por añadidura, porque todas se contienen en la interna paz que, libre de ambiciones, deseos y apetitos, se satisface con lo necesario y no se afana por obtener a costa de penosos esfuerzos lo superfluo. Entonces nos es mucho más

fácil dominar nuestro pensamiento, porque lo preservamos de las nocivas influencias que del exterior podrían perturbarlo y hacernos perder la ecuanimidad necesaria para acertar en todos los problemas y dificultades de la vida diaria. Al propio tiempo, la obediencia a las leyes de justicia, cuya más concreta expresión es el cumplimiento del deber, nos lleva al convencimiento de que no somos juguetes del acaso ni de la fatalidad, ni vamos zarandeados de un lado a otro como víctimas de un destino al que no podemos escapar.

No hay nada tan contrario a la dicha individual y a la felicidad compatible con la condición humana, como el atolondramiento que desequilibra nuestra mente y aherroja nuestro ánimo con las cadenas del temor, la duda, la superstición y la ignorancia.

La ciencia de las ciencias y el arte de las artes consiste en mantener tan firme nuestra fe en el definitivo triunfo de la verdad y la justicia, que nada sea capaz de perturbar nuestro equilibrio mental.

Sé de una mujer de muy delicada complexión psíquica, que con resignada paciencia sobrellevó pruebas y sufrimientos capaces por su dureza de enloquecer al hombre de mejor templado ánimo. Despedía su mirada una luz celeste y estaba tan conformada con la voluntad de Dios y era tan firme su fe en el triunfo de la justicia, que ni pobreza ni estrechez ni dolor lograron alterar la serena paz de su equilibrado ánimo. Sentía el toque de la divina mano que la guiaba, y no temía.

El vulgo de las gentes no comprende cómo los mártires de toda noble idea política, social o religiosa fue-

ron gozosos a la muerte sin el más leve estremecimiento de temor, seguros del definitivo triunfo de sus ideales.

Nuestra debilidad e insuficiencia derivan de que la grosera compuerta de la naturaleza animal intercepta el flujo de la divina gracia y nos deja a merced de las pasiones de la carne. La conducta viciosa y los siniestros pensamientos nos alejan de Dios y son como negra nube que eclipsa la luz divina. Nadie podrá ser verdaderamente fuerte mientras ceda a las acometidas de la naturaleza pasional.

Cada vez que el hombre quebranta las leyes naturales del universo, a sí mismo se quebranta y debilita. Cada vez que cae en la tentación, corta una trenza del cable de amor, verdad y justicia que lo relaciona con Dios. Si infringe gravemente la ley, queda del todo cortado el cable y el transgresor nota entonces su *aislamiento* y siente la inquietud, inseguridad e incertidumbre del hombre necesitado de complemento y perfección.

La grandeza del hombre es proporcional a su sentimiento de la verdad, la justicia y el derecho. Paz, serenidad y gozo espiritual nos dará el firme pensamiento de que el error es anormal en nosotros, de que la verdad es inherente a nuestra naturaleza superior y que la armonía y no la discordia es ley substancial de la vida humana. Los bienes materiales no satisfarán jamás las ansias de nuestro espíritu.

En el grado en que correspondamos a la infinita bondad de Dios recibiremos la saludable corriente de vida que cure todas nuestras dolencias.

Consoladora y reconfortante es la creencia en un solo Dios omnipotente, justo y más bondadoso para nos-

otros que nosotros con nosotros mismos, porque siempre está pronto a levantarnos con su pródiga mano, por muchas que hayan sido nuestras caídas.

El reconocimiento de esta verdad nos moverá a vivir con el pensamiento puesto de continuo en ella para que, ajustada nuestra conducta en todo y por todo a la ley de Dios, nos convenzamos de la esterilidad e ineficacia del brutal egoísmo en cuyas luchas estamos empeñados.

Un trozo de hierro magnético atrae y levanta otro trozo de peso ocho veces mayor. Un hombre magnetizado por la conciencia del deber supera en mucho al que confía exclusivamente en sus propias fuerzas. Sea nuestra mente manantial de pensamientos de paz, dicha, salud, verdad, armonía, belleza y justicia.